

Fragmentaciones y solidaridades entre los vendedores ambulantes de la Ciudad de México



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

Miguel Ángel Olivo Pérez*

Resumen

En el ámbito de la opinión pública y en muchos estudios académicos sobre los pobres con frecuencia se argumenta que la exclusión necesariamente genera fragmentación social y que ésta a su vez conduce a la delincuencia. El presente artículo se propone matizar esta visión mediante el análisis del caso de los vendedores ambulantes del Centro Histórico de la Ciudad de México, cuya deslegitimación no se debió a una descomposición social como suele suponerse, sino al desgaste de un sistema corporativo encubridor de vicios y complicidades, en cuyo interior pueden entenderse mejor tanto la agresividad como las solidaridades y fragmentaciones de estos trabajadores atípicos, además de sus resistencias como “toreros” y su posible regreso en masa a las calles.

Palabras clave: trabajadores atípicos, exclusión social, delincuencia, corporativismo, clientelismo

Abstract

Public opinion and many academic papers on poverty frequently sustain that exclusion necessarily creates social fragmentation which, in turn, leads to delinquency. This article strives to nuance this point of view by studying street vendors of Mexico City's Historic Downtown whose loss of legitimacy was not caused, as is commonly supposed, by social breakdown, but rather by the wearing down of a corporatist system that concealed complicities and vices. This framework allows for a better understanding of street vendors' aggressiveness, solidarities and fragmentations, as well as their resistance as “*toreros*” and their potential return to the streets *en masse*.

Key words: atypical workers, social exclusion, delinquency, corporatism, clientelism

* Profesor de tiempo completo en la Universidad Pedagógica Nacional, miguelangelolivo@hotmail.com

La mayoría de los estudios que tratan el tema de las formas de sociabilidad subyacentes a la precariedad laboral tienden a inclinarse hacia dos perspectivas que a primera vista parecieran mutuamente excluyentes. Por un lado, se encuentran los estudios favorables a las perspectivas populistas que resaltan la importancia de la solidaridad entre los trabajadores precarios (p. ej. Silva Arciniega, 2000; Ziccardi y Mier y Terán, 2005; Svampa, 2000), y por el otro están los que enfatizan la creciente descomposición del lazo social entre los mismos (Bourdieu, 1999; Pansters y Castillo Berthier, 2007; Donzelot, 2007).¹ Sin embargo, ambos enfoques pueden complementarse en análisis más sintéticos, a la vez que empíricamente más abiertos a las heterogeneidades, contradicciones y desfases en diferentes niveles de la realidad social.

En efecto, más allá de que los trabajos sobre el tema de las formas de sociabilidad ínsitas en las situaciones de precariedad laboral examinen sus objetos de estudio en el ámbito de uno o más continentes, países, regiones o localidades, y tomando una mayor precaución respecto a las generalizaciones apresuradas (que no es lo mismo que negar el valor de las generalizaciones cuando éstas se hallan debidamente fundamentadas con datos empíricos), conviene por ahora dejar de lado la polémica sobre la tendencia general, para concentrarse en la premisa orientadora básica de que: *tanto las solidaridades como las descomposiciones sociales se entretrejen en un mismo devenir que tiene que ser desentrañado a partir de los datos empíricos.*

En este sentido, la observación de que en varias zonas olvidadas de las grandes urbes de América Latina están creciendo de manera alarmante grupos privados

¹ Tal dicotomía, que no debería ser más que un referente para los análisis y la caracterización de las sociedades (aunque mucho más delicado para el estudio de las macrosociedades que para el de las localidades), fue señalada hace algún tiempo por Claude Grignon y Jean-Claude Passeron (1991). No está de más destacar que esta última perspectiva resulta ser bastante afin a los estudios paraposmodernos (de la Garza *et al.*, 2008). Ambos lados de la dicotomía mencionada adolecen de una ausencia de análisis de datos lo suficientemente sólidos como para poder respaldar de manera convincente las aseveraciones sobre la citada tendencia general. En todo caso, lo que se hace es leer una tendencia u otra sobre la base de comparaciones entre países, así como de los periodos de tiempo durante los cuales se va formando ya sea la descomposición o la recomposición del lazo social.

con poder armado, los cuales se alimentan de la exclusión social y del olvido de las políticas sociales de los Estados (Pansters y Castillo Berthier, 2007), constituye un buen punto de partida para cuestionarse sobre los tipos de solidaridad y legitimidad en que dichos grupos se fundan y persisten.

Tal es el caso de la sociabilidad y tipos de liderazgo propios de los vendedores ambulantes en el Centro Histórico de la Ciudad de México, quienes, aunque en rigor no son grupos armados (o al menos no los hay de manera tan visible como en otras barriadas de América Latina, por ejemplo en Brasil o Colombia), cuentan con las características necesarias para ser considerados grupos violentos con potencial de construcción de poder armado privado, es decir, con capacidad de disputar o arrebatar al Estado el ejercicio del monopolio de la fuerza legítima.

Uno se encuentra aquí ante una nueva realidad que merece un profundo debate académico y social, pues, aparte de que no ha sido suficientemente dilucidada en sus amplias implicaciones, sobre este tema suele pasar de manera muy sutil *el peligroso pero falaz argumento de que la fragmentación social es un producto directo de la exclusión social*, desconociendo que ésta puede tomar muchas formas, e incluso dar lugar a aparentes pero falsas paradojas, como la de que los marginados crean sus propias formas locales de inclusión al separarse de la tutela estatal.

La conveniencia de criticar la apresurada conexión causal entre exclusión → fragmentación → violencia² reside en que al dar su justa dimensión a las potencialidades de solidaridad y reconstitución del lazo social entre los trabajadores precarios atípicos se reclama para su realidad una visión más equilibrada, fundada en diagnósticos más acertados de su situación, como lo es el reconocimiento de la clara necesidad de los desempleados de hacerse de una fuente de ingresos y una forma de vida basadas en el trabajo.

El punto de vista de quienes defienden que existe una relación directa y sólida entre la fragmentación social y la violencia se caracteriza por interpretar a grupos de pobres o marginados (algunos de los cuales en verdad llegan a formar grupos armados) como masas que esencialmente padecen los efectos de las estructuras socioeconómicas más generales, o bien, son sólo reactivos a ellas. Desde esta visión se tiende a suponer que los trabajadores atípicos precarios, como los ambulantes, por el solo hecho de ser excluidos por las políticas de bienestar del Estado y del núcleo más próspero de la sociedad, sufren automáticamente los efectos de la desintegración social, debido a lo cual guardan rencor y se arman para delinquir con toda la impunidad posible. En el fondo de esta historia en extremo ideologizada, que circula mucho en el sentido común de los capitalinos mexicanos, se

² Como lo hace el tipo de artículos al que pertenece, por ejemplo, la investigación de Wil Pansters y Héctor Castillo Berthier (2007).

encuentran no sólo actitudes autoritarias e intolerantes, sino también discriminatorias: se les niega la historia que les es propia, al tiempo que se les impone otra que pretende hacerse pasar por “oficial” o científica.

En estas versiones simplistas, los marginados o excluidos no han logrado construir –o sólo lo han hecho muy débilmente– organizaciones civilizadas o, peor todavía, se da por supuesto que siempre necesitan del Estado para civilizarse. Con ello, se descarta el reconocimiento de que la relación de los vendedores ambulantes con el Estado debería ser en esencia una relación de corresponsabilidad, que requiere sus propias bases morales y lleva tiempo aprender.

En la historia de los vendedores ambulantes en el Centro Histórico de la Ciudad de México, la posibilidad de construir relaciones políticas civilizadas se truncó, en primer lugar, por la arraigada inclinación o costumbre a formar clientelas políticas desde organizaciones corporativas, y, en segundo lugar, por la rápida instalación de un elaborado y sólido sistema de complicidades en el que varios actores participaban de manera rentista de las ganancias económicas obtenidas por la venta ambulante. Veamos en qué consiste cada uno de estos vicios que a la postre conducirían a deslegitimar la actividad de la venta ambulante y a favorecer su expulsión dudosamente definitiva del primer cuadro de la capital mexicana.

Los clientelismos políticos y el corporativismo en las organizaciones de los ambulantes

En la historia de las organizaciones políticas en México, es por demás sabido que las prácticas autoritarias-corporativas constituyen una costumbre bastante arraigada (de la Garza, 1988; Pereyra, 1994; Luna y Pozas, 1992; Bizberg, 1990). De acuerdo con Philippe Schmitter, Wolfgang Streeck y Gerhard Lehmruch (1992: 24):

El corporativismo puede definirse como un sistema de representación de intereses en que las unidades constitutivas están organizadas en un número limitado de categorías singulares, obligatorias, no competitivas, jerárquicamente ordenadas y funcionalmente diferenciadas, reconocidas o autorizadas (si no creadas) por el Estado y a las que se les ha concedido un deliberado monopolio representativo dentro de sus respectivas categorías a cambio de observar ciertos controles sobre la selección de sus dirigentes y la articulación de sus demandas y apoyos.

Se puede decir que, en los últimos años de incipiente competitividad política entre partidos políticos, las estructuras verticales autoritarias dentro de las

organizaciones políticas han tendido a relajarse, lo que ha dado lugar a una serie de reacomodos tanto en las formas que tienen los partidos y organizaciones de la sociedad civil de hacerse de clientelas, como en la transformación del clientelismo hacia prácticas más democráticas y menos viciadas, al estar las organizaciones más permeadas, en algún grado, por relaciones de diálogo y preocupación por la representatividad. Dicho en otros términos, surgen en el interior de la sociedad civil nuevos tipos de actores políticos, algunos de ellos con una más alta escolaridad (sobre todo los pertenecientes a las clases medias) o con una especialmente intensa necesidad de expresión y voz (mujeres, indígenas, consejos de vecinos, etcétera), que rechazan las prácticas autoritarias, con la intención de transformar, con diversas formas específicas, las estructuras corporativas (CES, 1993).

En este tenor, la historia de las organizaciones políticas de los vendedores ambulantes durante los últimos años puede leerse mejor a la luz de las nuevas condiciones de competitividad entre partidos. En un principio, hacia mediados de los años ochenta del siglo pasado, cuando aún predominaba el monopolio del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en el poder, las relaciones verticales y clientelares se extendían con gran facilidad a la gran mayoría de las organizaciones políticas de la sociedad civil. Incluso, la mayor parte de ellas eran promovidas por el Estado y, por lo tanto, como muchas otras afiliadas al PRI, nacieron en dependencia directa con el Estado. Las organizaciones de ambulantes también se formaron en el marco básico del corporativismo, el cual se caracterizó por la obediencia a líderes con rasgos caudillistas, a cambio del otorgamiento de canonjías.

A este respecto, vale la pena citar el caso de la figura pública de Enrique Jackson Ramírez, porque ilustra a la perfección el predominio de los personajes por encima de las instituciones en el interior de las estructuras de las organizaciones corporativas propias de los años del presidencialismo mexicano, y por la importancia que, en su momento (1985-1986), tuvieron sus acciones en la formación de las organizaciones corporativas de los vendedores ambulantes del Centro Histórico de la Ciudad de México. Este político, que en los inicios de su carrera política trabajó en el Congreso del Trabajo, llegó a conocer bien los detalles de las relaciones clientelares corporativas en los sindicatos, mismas que, cuando fue jefe delegacional en la demarcación de Cuauhtémoc, impulsó vigorosamente entre los vendedores ambulantes.

Desde cierto punto de vista, podría decirse que no es extraño que entre los ambulantes se haya instalado tan férreamente el corporativismo clientelar dada su escasa cultura política-cívica, pero lo que aquí se olvida es la gran debilidad de las instituciones de gobierno para permanecer neutrales en sus acciones, primero ante las grandes presiones del PRI y después frente a las del Partido de la

Revolución Democrática (PRD), debilidad que se manifiesta, ante todo, en la manipulación que sobre dichas instituciones pueden ejercer en su favor los grupos o personalidades enquistados en posiciones del poder gubernamental en turno.

En el caso del ambulante, el manejo de las instituciones por parte de Jackson Ramírez se reflejó en las estructuras corporativas clientelares que contribuyó a instalar y a consolidar entre los ambulantes, para favorecer su propio posicionamiento en el escenario político nacional y dentro de su partido. Este proceso tuvo lugar cuando Jackson Ramírez convirtió a la oficina de vía pública y a otras más de la delegación en meros instrumentos para la formación de clientelas políticas priístas, vicio que seguiría ocurriendo, aunque con matices un tanto diferentes, con el PRD en poder del gobierno de la Ciudad de México.

Sin duda alguna, desde mediados de los años ochenta del siglo pasado, las acciones de la oficina de vía pública dejaron de consistir predominantemente en perseguir a los ambulantes en las céntricas calles de la ciudad, para ser desplazadas por el juego cada vez más teatralizado de “el gato y el ratón”; es decir, se fue instaurando de manera más sólida la práctica de que la delegación hacía como que perseguía ambulantes y los ambulantes hacían como que toreaban a los inspectores gubernamentales. Las profundas repercusiones de implantar estas reglas no escritas pueden advertirse en que tal teatralidad servía a la significativa tarea de calmar los ánimos, las inconformidades o los problemas surgidos del ambulante, mismos que afectaban sobre todo a los comerciantes establecidos, a los vecinos y a los peatones cotidianos del primer cuadro de la ciudad.

El sistema de complicidades de la venta ambulante

Tanto para quienes han pertenecido al ambiente de la venta ambulante en el Centro Histórico de la Ciudad de México, como para los que de algún modo han tenido contacto directo con él, no es ningún secreto la existencia de sobornos. Así lo llamen cuota, pago de alquiler del espacio del puesto, pago de derecho de piso o de cualquier otra forma, lo cierto es que todo dinero recibido a cambio de tolerar que un vendedor se instale en determinado espacio de una banqueta o una calle es, sin más, un soborno. En el ambiente de la venta ambulante, el soborno, además de que tendió a consolidar las complicidades políticas y económicas entre diversos actores, contribuyó a fomentar la ampliación de esta clase de venta, al otorgarle al vendedor un estatus de derecho de apropiación política, económica, social y simbólica del espacio pagado, propiciando también una impunidad de buena parte de los males que esta actividad pueda provocar (Olivo Pérez, 2007).

Los sobornos tienen en común que son actos de intercambio de favores, en general por dinero, y sus puntos principales son, comenzando por los compradores y vendedores: *a)* el acto de compra-venta de mercancía en la calle, *b)* la cuota a los inspectores, *c)* la cuota al líder de ambulantes, *d)* la cuota a los policías y *e)* la cuota a los políticos (diputados, senadores, funcionarios de gobierno, etcétera). Los sobornos hacen posible la impunidad ante los males que pueda acarrear el lucro del espacio público, pero sólo se tornan un sistema cuando los mecanismos que les son característicos se coordinan de manera permanente para hacer posible una ganancia económica y política indebida.

La relativamente larga pervivencia del sistema de complicidades en la venta ambulante en el Centro Histórico se explica en buena medida porque éste era pudorosamente encubierto por una serie de constantes actos oscilantes entre la teatralidad y la amenaza real, llevados a cabo por los actores antes citados: los ambulantes siempre vivieron entre la tolerancia y la amenaza de ser expulsados.

Por su parte, el elemento sociológico que mejor explica por qué los ambulantes permitieron que se les sustrajera una parte de sus ganancias económicas mediante el soborno es el hecho de que las autoridades gubernamentales, gracias a la experiencia acumulada de los inspectores de vía pública, siempre supieron mantener a estos vendedores en la constante zozobra, infundiéndoles cotidianamente la incertidumbre de la expulsión o la tolerancia. A veces se les expulsaba, pero casi siempre sólo era de forma temporal, pues más tarde se les permitía volver a instalarse, ya fuera en el mismo lugar o en otras calles. Cuando ocurrían acciones de expulsión, casi siempre estaban dirigidas hacia ambulantes aislados que llegaban a incumplir determinadas reglas impuestas por los líderes o las oficinas gubernamentales, y la previa amenaza de por medio era una gran constante, fuera con el fin de extorsionarlos o para aliviar en verdad algún problema generado directamente por su presencia.

Esta oscilación entre la teatralidad y la autenticidad de las amenazas de retiro fue lo que le proporcionó al sistema de complicidades la flexibilidad suficiente para sortear con éxito durante varios años los diversos problemas que su presencia ocasionaba. Como dice Bunge (2000: 83): "Cuando una fuerza actúa sobre un sistema, puede decirse que dirige o frena el mecanismo o los mecanismos de éste".

En resumidas cuentas, en el caso de la venta ambulante, el sistema de complicidades establecido entre los diferentes actores en él involucrados pudo sobrevivir durante casi dos décadas por su capacidad de desplegar una hábil fluctuación entre la teatralidad y la autenticidad sobre las amenazas de retiro, ya que con ello se lograba tranquilizar las inconformidades generadas por los males producidos por el lucro indebido del espacio público. Sin embargo, el desalojo del 12 de

octubre de 2007 evidenciaría claramente el desgaste de dicho sistema y de los ambulantes, quienes pagarían con el precio de su expulsión indefinida el no haber luchado de manera decidida desde el principio por la legitimidad de su presencia en las calles.

Sería vano pretender atribuir la responsabilidad del deterioro de las relaciones políticas civilizadas a los ambulantes o al Estado, a la sazón representado por los diferentes gobiernos de la ciudad en turno en los últimos 20 años, pues, sin duda, cada cual comparte su propia proporción de irresponsabilidad al participar en la corrupción que se logró instalar impunemente durante casi dos décadas. Por supuesto, las cosas pudieron haber sucedido de modo distinto, sobre todo hacia una dirección en donde los ambulantes pudieran estar más ordenados en sus puestos y mejor representados u organizados.

El principal daño causado por la complicidad y el clientelismo corporativista reside en que, desde un principio, se obstaculizó seriamente todo posible intento de organizar el ambulante con el menor perjuicio de todos los actores involucrados, además de que con las políticas neoliberales se renunció a reconocer el desempleo como un problema socioeconómico. En otras palabras, los clientelismos de los partidos políticos y el sistema de complicidades terminaron por ahogar toda oportunidad de que los ambulantes fueran reconocidos como legítimos actores sociales en la vida del primer cuadro de la ciudad. Y para muestra basta un botón: ahora que ellos ya no están, proliferan los artistas disputando la legitimidad de su presencia en estos espacios. Cabe apuntar que con estas reflexiones no se trata de desestimar de ninguna manera las serias restricciones que como desempleados tuvieron los vendedores ambulantes antes de entrar en esta actividad; más bien lo que se procura es remarcar que, de entre los posibles contextos que en un principio (más o menos hacia 1985-1990) tuvieron tanto los gobiernos en turno de la ciudad como los vendedores, no optaron precisamente por el más civilizado y deseable, habiendo tenido la oportunidad de hacerlo.

A la larga, después de casi 20 años, la expulsión de los ambulantes de la zona hacia finales de 2007 evidenciaría el gran desgaste de los dos sistemas de prácticas viciadas mencionados con anterioridad, pues cuando ocurrió tal acontecimiento, la opinión pública tendió a favorecer la desaparición permanente de estos trabajadores atípicos.

Aparte de la escasa aprobación pública que tenían los ambulantes en las históricas calles del centro de la Ciudad de México y de la contraestrategia corporativa que hubo detrás de los acuerdos entre el gobierno y los líderes para expulsarlos (Olivo Pérez, 2007), otros factores que influyeron en su erradicación masiva fueron la convergencia de intereses que se daría entre los poderosos inversionistas

inmobiliarios y del turismo, y el favorecimiento a ciudadanos de origen español que poseen numerosos establecimientos comerciales en esta zona de la ciudad, por parte de los políticos federales panistas en el poder.³

En consecuencia, desde el momento en que en el ámbito político organizacional comenzó a imponerse el corporativismo clientelar y el sistema de complicidades, los lazos de solidaridad que los vendedores ambulantes establecían entre ellos y los demás actores involucrados con su actividad pasaron a constituirse o a deteriorarse en función de las alianzas, pugnas o intereses que en cada coyuntura se vivían dentro del marco más general de la presencia de dichos sistemas. Es decir, las solidaridades y fragmentaciones sociales entre los vendedores ambulantes sólo se pueden entender en el contexto de las eventuales coyunturas permeadas por los dos sistemas de prácticas viciadas.

Ante ello, la pregunta debería ser no tanto sobre la medida en que estos sistemas favorecieron o deterioraron el lazo social civilizado entre los ambulantes, sino cómo es que la configuración de las solidaridades y fragmentaciones entre ellos se fue reformulando a través del tiempo, en el marco más general del sistema de complicidades y clientelismos políticos corporativistas, de modo tal que propiciaron el surgimiento de ciertos tipos de liderazgo por sobre otros.

Desde este otro punto de vista, y con los elementos antes mencionados, la sucesiva secuencia causal entre exclusión → fragmentación → violencia, que se da por supuesta en la estigmatización de los trabajadores precarios, puede ser sustituida por una perspectiva más dinámica y profunda en donde este último elemento –la violencia– no esté exclusiva y unívocamente relacionado con la delincuencia, pues también, como se verá más adelante, la violencia puede ser expresión de una lucha por defender formas de vida a las cuales subyacen solidaridades específicas y universos simbólicos, no necesariamente de índole delincencial ni tampoco conducentes a la violación de normas básicas de convivencia.

La importancia de resaltar esto reside en que con mucha frecuencia, por un yerro de apreciación ética y estética proveniente de la generación de un juicio de clase, al juzgar ciertos estilos de sociabilidad (por ejemplo hablar con palabras altisonantes, bromear con golpes o chiflidos, etcétera) rápidamente se les tiende a etiquetar como propios de delincuentes pertenecientes a sectores populares de la población, cuando en realidad estas formas de sociabilidad bien pueden tener implícita la violencia, pero no siempre, ni necesariamente, conducir a la delincuencia.

³ No es ningún secreto que el gobierno actual se ha inclinado a beneficiar a españoles en varios aspectos económicos, políticos y culturales.

Las preocupaciones por la sociabilidad agresiva de los ambulantes y sus líderes

La historia de lo acontecido en las calles que hacen esquina en Moneda y Jesús María en los últimos 20 años de ambulante es ilustrativa de las formas de sociabilidad más generales que prevalecieron en el Centro Histórico de la Ciudad de México durante este tiempo, y no se podría entender sin dar la significación adecuada al papel que ha cumplido la agresividad y la violencia en la vida cotidiana del vendedor ambulante. En efecto, prácticamente la totalidad de las relaciones sociales de estos vendedores se encuentra permeada de una *sensibilidad extraordinaria para la agresión, la amenaza y la protección*, la cual resulta indispensable captar para saber interpretar y sobrevivir o, en su caso, obtener logros en este ambiente tan turbulento.

Con no poca frecuencia se señala que durante el tiempo en que los vendedores ambulantes tuvieron invadido el Centro Histórico de la Ciudad de México se presentaba a diario al menos un asesinato relacionado de una u otra forma con esta actividad. Por ejemplo, no resulta tan descabellado suponer que las abusivas golpizas tumultuarias que los ambulantes propinaban a los solitarios clientes que “se sobrepasaban” (en cualquier sentido) con los vendedores eran mucho más comunes de lo que cualquier ciudadano medianamente informado de esta urbe podría llegar a pensar.

Pero el despliegue de la agresividad cotidiana no sería posible, y no se hubiera expandido tanto, sin que la lucha por el espacio hubiese significado a la vez una lucha por su apropiación simbólica: conservar un espacio ganado en la banqueta implica automáticamente lanzar a diario mensajes que confirmen la ocupación de dicho espacio a través de múltiples medios, comenzando por lo extendido y vistoso del puesto, y por el grado de confianza construido con al menos siete actores: 1) los demás vendedores, 2) los comerciantes establecidos, 3) los líderes de ambulantes, 4) los policías, 5) los inspectores del gobierno, 6) los empleados de los comercios establecidos y 7) los clientes.

Para colmo del deterioro de la imagen del vendedor ambulante ante la opinión pública, en los mensajes que confirmaban la apropiación del espacio ocupado, siempre estuvo implícita la amenaza de agresión física. Como dice Erving Goffman, los individuos estigmatizados permanecen de manera especialmente intensa a la defensiva, en razón de que sobre ellos se cierne una radical negación y descalificación. Es decir, la importancia de conservar la capacidad de ser agresivo se deja traslucir, en el caso del vendedor ambulante, en que con ello defiende su estatus y *modus vivendi* ganados, aun cuando éstos sean parciales o ambiguos.

El sentido de apropiación logrado mediante la agresividad, combinado con los celos propios de la estigmatización y el acoso, y las duras condiciones de trabajo, es lo que explica en buena medida la explosividad, pero también lo atractivo de las actividades y los modos de ser de la venta ambulante. El arraigo en esta actividad, así como su existencia identitaria, se defienden, actualizan y modifican por medio de expresiones tan diversas como la sonoridad de los gritos de venta o de los aparatos electrónicos; la tosca materialidad de las mercancías amontonadas y colocadas de manera llamativa; y los abigarrados puestos instalados con estructuras de tubos, sostenidos a su vez con una multitud de lazos amarrados a como dé lugar a cuanto objeto a su alrededor sea posible (cornisas, ventanas, puertas de edificios, semáforos, postes, etcétera).

En este panorama general, la agresividad, presente en muchas de las acciones cotidianas de los ambulantes,⁴ fue desde el principio una expresión estructural de la habilidad para persistir vendiendo en las calles. Cuando dichas acciones rayaban o caían abiertamente en el delito, tanto el sistema de complicidades como el corporativismo clientelar podían servir como recursos ya fuera para la protección o para el castigo (oficial o extraoficial) de quien delinquiera, según su posicionamiento sociopolítico y la coyuntura en que se diera la acción delictiva. De ahí que, para diferenciar las acciones violentas que son delito de las que no lo son, sea inviable o resulte muy limitado emplear los parámetros de las instituciones involucradas con el ambulante dado su corrupción, así como tampoco es fructífero recurrir a la rigidez de la simple triada causal exclusión → fragmentación → violencia, pues, como explicaré, la idea del delito o del castigo se produce y circula *principalmente* dentro de los parámetros delimitados por los propios y diversos universos simbólicos de los vendedores ambulantes.

Hacia 2002, la presencia de los vendedores ambulantes en el Centro Histórico comenzó a ser motivo de verdadera preocupación, sobre todo por parte de comerciantes, burócratas y políticos que desarrollaban sus actividades cotidianas en la parte poniente del Zócalo. Pero no fue sino hasta 2003 cuando el gobierno, muy probablemente ante la gran presión de estos tres actores, comenzó a tomar medidas efectivas para expulsarlos de esta zona. Éstas consistieron sobre todo en reubicarlos en la parte oriente del mismo primer cuadro.⁵ Sin duda, el motivo de tal acción obedecía mucho más que a una simple irritación por parte de los actores mencionados ante el ruido, la obstrucción del paso, la belicosidad o sencillamente la mala educación de los vendedores callejeros.

⁴ Por ejemplo, los actos de soborno, al defenderse contra las amenazas de expulsión y en diversas formas de diversión o distracción colectiva de ellos.

⁵ Experiencia que, por cierto, serviría a la postre como un importante antecedente para la forma de operación política del gobierno de Marcelo Ebrard en octubre de 2007.

En el trasfondo del retiro de los ambulantes el 12 de octubre de 2007 se encuentran otros factores, pues en el ambiente de este tipo de comercio en una zona tan importante como el Centro Histórico se comenzaron a dar señales que evidenciaron la presencia de poderosos grupos violentos encabezados por los líderes de ambulantes, quienes a su vez eran protegidos por funcionarios de alto nivel del gobierno de la ciudad. El hecho de que los principales funcionarios del Gobierno del Distrito Federal fueran integrantes del PRD hizo que los miembros panistas del gobierno federal sospecharan que aquellos grupos podían ser utilizados de un momento a otro por el PRD para emprender cualquier tipo de acciones en contra de quienes trabajaban en oficinas del gobierno federal ubicadas en el Centro Histórico. En todo caso, más allá de ello y por el alto grado de hermetismo con que funcionan, las formas de operación de los líderes de ambulantes y sus grupos siempre ha sido algo muy opaco para los no pertenecientes a ellas.

Un importante indicador de la preocupación que los ambulantes generaban entre los políticos panistas posicionados en el gobierno federal (en contraste con los funcionarios del Gobierno del Distrito Federal, encabezado por miembros del PRD), se expresa en toda su crudeza en el casi estado de sitio que la Policía Federal Preventiva (PFP) ha mantenido en los alrededores del edificio de la sede senatorial durante más de cinco años. En efecto, si se considera que la parte poniente del Zócalo tiene una alta densidad de edificios del gobierno federal, es evidente que los políticos de este nivel comenzarían a tomar medidas efectivas para enfrentar de modo integral el problema del ambulante por el riesgo que implicaba no sólo para sus actividades, sino también para las de las sucursales financieras (bancos, casas de bolsa, casas de empeño, etcétera) y los comercios establecidos.

Así, hacia 2003, con la expulsión de los vendedores ambulantes de la parte poniente del Zócalo, se redujeron drásticamente las posibilidades de que los intereses de los diversos actores instalados en dicha zona se vieran afectados directa o indirectamente por las acciones agresivas de los ambulantes. En efecto, dada la opacidad de las accidentadas o sinuosas acciones características del ambiente de la venta ambulante en el Centro Histórico de la Ciudad de México, y el consiguiente nivel de alerta que estaban tomando los actores que convergían en la zona, el desalojo de los ambulantes se mostró como una acción extrema, pero necesaria por los intereses que estaban afectando en razón de la sola proximidad física con lo turbulento del ambulante. Y, lo más importante, para lo que ocurriría después, este hecho se manifestaría como una acción posible, que serviría en parte como un antecedente para la expulsión de 2007.

Si bien las probabilidades de padecer delitos u otros males se redujeron para los actores físicamente establecidos del sector poniente del Zócalo, esto se agravó para los del oriente del mismo, pues a varios de los vendedores del primero se les

reubicó en el segundo, además de que a muchos otros se les proporcionaron espacios en la lógica clientelar de cara a las elecciones políticas de 2006. Socorro, una vendedora de pizzas de 39 años, completamente ajena e incluso opuesta a todo lo relacionado con las organizaciones políticas de los ambulantes y sus líderes, externó desesperada su confusión cuando se le inquirió sobre el porqué del abrupto crecimiento de los ambulantes en dicha zona: “pues no sé, la verdad, yo lo que he visto es que un pariente se jala a otro y ya son varias familias las que están aquí. Aparte, como le sucedió a mi esposo, ya muchas fábricas han cerrado y despedido y muchos desempleados se han venido para acá”.

Hacia el mes de agosto de 2007, la parte oriente del centro de la ciudad se encontraba tan atiborrada de ambulantes que Eduardo, un vendedor de artículos de ropa en esta zona desde hace diez años, expresó irritado:

En parte, todas las críticas que se le han hecho a los ambulantes tienen razón en que ya no se puede ni siquiera pasar; las ambulancias en el hospital de acá ya ni llegan, los museos y monumentos y las iglesias están todos con hoyos de alcayatas; los robos, el relajado de los cables para robarse la luz, las leperadas que les echan a clientas guapas que vienen, los gritos y el sonido de los aparatos de sonido durante todo el día, ya ni por salud mental nadie hace nada ¿Quién va a controlar todo esto? Y aunque el gobierno hace como que ordena las cosas, en realidad nada más vienen por su dinero. A todos les vale (Eduardo, 38 años).

Este comerciante, que tenía varios contactos de amistad directos con líderes de calles de la zona donde vendía y muchos amigos de toda índole en el ambiente, mostró una gran discreción respecto a los actos abiertamente delictivos de los líderes o sus huestes, lo cual pudo advertirse en la forma en que contextualizó algunos de los abusos de extorsión de uno de los líderes que conocía: “Ellos se han ganado esa posición ¿no? Se la han partido y pues por algo están ahí y es su función” (Eduardo, 38 años).

Socorro, al igual que otras vendedoras entrevistadas, piensa de manera muy diferente, pues ve a los líderes –todos más jóvenes que ella– como despreciables no sólo en razón de la agresividad que los caracteriza, sino también de su falta de ética.⁶ Estos nuevos líderes jóvenes agresivos comenzaron a surgir de un cambio generacional iniciado hace aproximadamente diez años, y han ido sustituyendo

⁶ Se dice que algunos de ellos son capaces de poner a cargar mercancía a sus propios padres, que a muchos de sus empleados los tienen con poca paga y en condiciones de trabajo deplorables, que casi todos son delincuentes, etcétera.

de manera paulatina a las señoras líderes, o sea, a la primera generación de mujeres que ingresaron a la venta ambulante a una edad relativamente joven y que ahora, tanto por su edad (entre 40 y 60 años) como por la fuerza y el predominio de los jóvenes agresivos, han sido desplazadas como líderes protagonistas en la representación de los ambulantes.

Existen por ende, dos perfiles predominantes de líderes de ambulantes: las *señoras luchonas* y los líderes *jóvenes potencialmente matones*.⁷ Las señoras luchonas constituyen el primer perfil de vendedores ambulantes que comenzó a poblar las banquetas del Centro Histórico: madres de entre 20 y 50 años que en la década de los ochenta instalaron por primera vez sus puestos y cuya identidad se fogueó alrededor del arte de torear exponiendo su vida para defender el lugar, el puesto y, en general, la ocupación que les sirve de sustento propio y de la familia. Por su parte, los jóvenes potencialmente matones presumen de su excesiva agresividad tanto entre ellos como hacia los demás actores de la ciudad, para demostrar que pueden defender su puesto, que sirve de fuente de ingresos económicos en medio de una sociedad básicamente excluyente del trabajo formal, seguro y protegido. Al principio, las necesidades de las madres con hijos, y después las de los jóvenes desempleados, han sido los dos principales abrevaderos para la legitimación y consolidación del poder de estos dos tipos de líderes predominantes entre los vendedores ambulantes del Centro Histórico de la Ciudad de México. Ya sea que se trate de líderes de una o de varias calles, tienen forzosamente que exhibir muestras de trabajo efectivo y generosidad, y no sólo amenazas de muerte a quien consideren necesario y oportuno.

La coexistencia de la fragmentación y la solidaridad sociales entre los ambulantes, y la reformulación de ambas, puede observarse en varios niveles de la realidad social de estos trabajadores atípicos, pero, sobre todo, se puede advertir en las pugnas por los liderazgos de las calles, en las cuales la mezcla de solidaridades, competencias y rivalidades entre los diferentes actores que intervienen en este fenómeno puede llegar a ser muy compleja y sólo puede dilucidarse reconstruyendo históricamente los sucesos. Así, en el contexto de los días previos al retiro del 12 de octubre de 2007, una de tantas pugnas que cotidianamente acontecían entre los líderes de ambulantes y sus huestes se dio entre uno de los ex empleados de la fallecida líder Guillermina Rico, apodado el *Trancas*, y otro líder

⁷ Debido a que la gran mayoría en realidad nunca ha matado a alguien, emplearé el término *potencialmente matones*, porque su modo de ser y de exhibirse bordea dicha capacidad, por lo cual pueden mantener una dominación en gran medida sustentada en el miedo de sus simpatizantes y de quienes no lo son.

de una calle cercana conocido como el *Rifles*,⁸ cuya mayoría de ambulantes agremiados tenían lazos de parentesco con él y entre sí. Unos días antes de la expulsión, el *Rifles* llamó a sus agremiados a la resistencia en células, con el fin de vigilar lo que ocurriera en las calles para medir el grado de vigilancia de las fuerzas policiales contra el ambulante, y poco a poco ir estudiando las posibilidades de volver a tomar espacios donde fuera más probable que les permitieran continuar ocupándolos sin grandes problemas. El punto que aquí interesa es que, hacia tales fechas, el *Rifles* estaba siendo puesto a prueba por sus seguidores, pues se rumoreaba que uno de los predios expropiados por el Gobierno del Distrito Federal (que abarca una gran área, de una calle a la otra, y que servirá para la construcción de una de las tantas plazas comerciales en las que supuestamente se reubicará a los ambulantes que de manera tradicional han vendido en banquetas próximos a éste), iba a ser entregado a los vendedores de la organización, pero el *Rifles* y sus huestes se lo iban a apropiarse, lo que significaba traicionar a la mayoría de los vendedores de su gremio, al aliarse con el gobierno y abandonarlos a su suerte durante el desalojo, es decir, a la precaria resistencia con sus propios recursos, incluyendo torear.

La estrategia de lanzar el rumor de una supuesta traición sirvió como argumento para que el líder de la calle adyacente apodado el *Trancas*, tomara la iniciativa de correr deliberadamente el rumor de que él ya tenía acuerdos establecidos con las autoridades para sustituir al *Rifles*. Si dicho rumor hubiera sido cierto o hubiera estado debidamente fundamentado, los vendedores agremiados a la organización del *Rifles* hubieran tenido motivos para preocuparse porque podrían ver alteradas muchas de las reglas que rigen su actividad cotidiana de venta ambulante, incluso bajo la forma de presiones impredecibles por parte del nuevo líder, por lo que tendrían que desplegar estrategias para influir sobre las decisiones de éste.

En esta pequeña pero densa historia puede notarse que las solidaridades y rivalidades se dan en varios niveles, unos explícitos y otros implícitos: durante la pugna mencionada la mayoría de las señoras vendedoras de ambos bandos permaneció neutral y a la expectativa de los resultados, pero en especial les preocupaba sobremanera la forma e intensidad en que se iba a dar la vigilancia policial de las calles después de la expulsión, cosa que inesperadamente fue mucho más violenta y enérgica de lo que casi todos los ambulantes supusieron antes del suceso. Sin duda, durante la expulsión, en todo el Centro Histórico ocurrieron radicales reacomodos de liderazgos, alianzas, amistades, compadrazgos y relaciones sociales de trabajo en general, todos los cuales pueden ser leídos por medio de las dimensiones de la solidaridad y la fragmentación.

⁸ Por razones obvias, me referiré a los participantes en el conflicto con unos alias ficticios.

En el caso de las huestes del *Trancas*, sus miembros más fieles y cercanos, se encargaron de esparcir vigorosamente los rumores sobre la posible destitución del *Rifles*, mientras que los seguidores de este último se dedicaron a contrarrestar los efectos negativos del rumor de supuesta traición mediante promesas de repartición de locales, a cambio de fidelidad en las órdenes para defender las calles ante los policías.

Detrás de estas pugnas existen otras que son añejas y lo bastante cotidianas como para llegar al punto de ser consideradas naturales, por ejemplo las que se dan entre vendedores de un mismo producto o las que hay entre la lucha por el espacio o el cliente. En varios asuntos pueden ubicarse tanto solidaridades como rupturas, y no se puede decir llanamente que entre la fragmentación y la violencia existe una relación directa ni mecánica. De igual modo, tampoco puede afirmarse que la principal exclusión social sea la del desempleo formal pues, en el caso de un joven seguidor de uno de los líderes, estar excluido o incluido en sus huestes puede significar una diferencia de gran importancia en su vida.

Conclusiones

Con lo anterior, se ha podido echar apenas un vistazo a la gran riqueza de significados y formas de sociabilidad o rivalidad que se juegan en la vida de los ambulantes; éstos tienen varios niveles que deben ser dilucidados en la reconstrucción de las historias en que se conforman, y no admiten únicamente la consideración de factores estructurales que privilegian relaciones rígidas entre variables, sino que tales historias se tienen que hacer lo más inclusivas posibles a fin de desentrañar sus dinámicas y tendencias.

A estas alturas, prevalece la apariencia de que hay una expulsión definitiva de los ambulantes del Centro Histórico de la Ciudad de México si se consideran tres factores de gran peso:

1. La gran vigilancia policial que hoy existe en esta zona de la ciudad.
2. La enorme fuerza con la que el corporativismo se les revirtió a los vendedores ambulantes comunes y corrientes, a partir de la alianza del Estado (apoyado e incentivado por los magnates de la industria turística y de la inmobiliaria, así como por los políticos federales y los comerciantes establecidos) con los líderes en contra de los ambulantes comunes y corrientes.
3. La deslegitimación de la presencia de los ambulantes en el Centro Histórico de la Ciudad de México en la opinión pública general.

Aunque ya ha pasado algún tiempo desde la expulsión, las resistencias para eliminar totalmente a los toreros que surgen por doquier y a los ambulantes del perímetro B⁹ han sido formidables; pocos saben que a finales del año pasado el centro de la ciudad se convirtió en zona de cotidianas batallas campales, y que en la actualidad los toreros, los aguadores y los vigilantes de líderes siguen a la expectativa de que otros vendedores no “roben” sorpresivamente los lugares que antes ellos acaparaban. Pero, sobre todo, existen grupos de ex vendedores ambulantes que son conscientes de que pueden venir tiempos políticos más favorables en los que el PRI puede desempeñar un papel importante en los clientelismos, y por supuesto también tienen en cuenta la fuerza con que los magnates inmobiliarios y turísticos desean apropiarse de un centro libre de ambulantes.

No obstante, los probables futuros ambulantes tienen la ventaja de la gran presión del ejército de desempleados siempre dispuestos a unirse a la lucha por recuperar espacios para la venta callejera, así como la de la gran movilidad del toreo y la experiencia de la organización para ejercerla, razones más que suficientes para suponer que la última palabra sobre los vendedores ambulantes en el Centro Histórico de la Ciudad de México aún no está dicha. Al menos por ahora, los jóvenes que se atreven a torear en el centro reinician sin saberlo una historia de lucha, cuyos avatares se vislumbran con matices muy diferentes a los que tuvieron lugar durante los años de 1985 a 2007.

Bibliografía

Bizberg, Ilán

1990 *Estado y sindicalismo en México*, El Colegio de México (Colmex), México.

Bourdieu, Pierre

1999 *La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica (FCE), Madrid.

Bunge, Mario

2000 *La relación entre la sociología y la filosofía*, Edaf-Ensayo, Madrid.

CES

1993 *Modernización económica, democracia política y democracia social*, Centro de Estudios Sociológicos (CES)-Colmex, México.

⁹ Se denomina “perímetro B” a la zona que rodea concéntricamente el primer cuadro de la ciudad, constituida por las calles donde se conserva la mayoría de los edificios más antiguos de la Ciudad de México.

Donzelot, Jaques

2007 *La fragilización de las relaciones sociales*, Círculo de Bellas Artes, Madrid.

Garza, Enrique de la

1988 *Ascenso y crisis del Estado social autoritario*, Colmex, México.

Garza, Enrique de la, et al.

2008 "Crítica de la razón para-posmoderna", en *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, año 13, núm. 19, Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo/Universidad de Carabobo/Universidad Central de Venezuela, Caracas, pp. 21-38.

Grignon, Claude y Jean-Claude Passeron

1991 *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y literatura*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Luna, Matilde y Ricardo Pozas

1992 *Relaciones corporativas en un periodo de transición*, Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México.

Olivo Pérez, Miguel Ángel

2007 "El aprendizaje de la construcción social de la ocupación de vendedor ambulante en el Centro Histórico de la Ciudad de México", tesis posdoctoral, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I), México.

Pansters, Wil y Héctor Castillo Berthier

2007 "Violencia e inseguridad en la ciudad de México: entre la fragmentación y la politización", en *Foro Internacional*, vol. XLVII, núm. 189, julio-septiembre, Colmex, México, pp. 577-615.

Pereyra, Carlos

1994 *Sobre la democracia*, Cal y Arena, México.

Schmitter, Philippe C., Wolfgang Streeck y Gerhard Lehbruch (comps.)

1992 *Neocorporativismo I. Más allá del Estado y el mercado*, Alianza Editorial, México.

Silva Arciniega, María del Rosario

2000 *Dimensiones psicosociales de la pobreza. Percepciones de una realidad recuperada*, UNAM, México.

Svampa, Maristella

2000 *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Biblos, Buenos Aires.

Ziccardi, Alicia y Arturo Mier y Terán

2005 "Pobreza urbana, programas de inclusión social y participación ciudadana", ponencia presentada en el IV Congreso Iglom sobre Retos de Modernización del Municipio Mexicano, Guanajuato, 24-26 de noviembre.